

Helmsby, marzo de 1064

—¡Dios, qué lanzamiento, Cædmon! Aquel que maneje la honda como tú puede quemar su arco sin temor. —Dunstan palmó la espalda de su hermano menor tan vigorosamente que éste tuvo que apoyarse en la perilla de la silla de montar.

Cædmon, radiante, desmontó y cubrió a la carrera los cincuenta o sesenta pasos que lo separaban de la presa abatida. Era un corzo de un año. Yacía inerte, ni siquiera movía ya las patas delanteras. Su ojo marrón miraba fijamente al cielo agrisado, que más parecía de invierno que primaveral. También la tierra del bosque estaba dura bajo los finos zapatos de cuero hasta los tobillos de Cædmon. Los viejos y cercanos árboles no mostraban el más leve asomo de verde, mas los primeros narcisos osados florecían en la desgreñada hierba del año anterior.

Dunstan también había desmontado y se acercó a su hermano.

—Magistral —dijo asintiendo enérgicamente—. Entre los ojos. Apuesto a que ya estaba muerto antes de caer. Dime, ¿cómo lo haces?

Cohibido, el muchacho se encogió de hombros y le restó importancia. Dunstan tenía dieciséis años, dos más que él, y solía ser muy parco en sus elogios.

—No lo sé. Yo... miro el punto al que quiero acertar y oigo el zumbido de la honda sobre mi cabeza. Y luego...

Dunstan le dio un suave coscorrón.

—Sí, sí. Ahórrame la cháchara aleccionadora.

Pero si has sido tú el que ha preguntado, pensó Cædmon.

—Sea como fuere, por fin podremos darnos un respiro con la maldita carne en salazón —dijo Dunstan satisfecho, inclinándose sobre el corzo y atándole las patas con una fina tira de cuero. A continuación levantó la vista ceñudo—. ¿Qué ocurre? Ayúdame, ¿o es que temes marearte si ves sangre?

Cædmon suspiró con disimulo, sacó su cuchillo de monte y se lo clavó al corzo en la carótida. Evitó mirar el inerte ojo marrón.

Al poco estaban camino de casa. El corzo desangrado iba ante Cædmon, sobre la silla, y el robusto y rechoncho caballo llevaba la doble carga sin esfuerzo aparente. Un mortecino sol de marzo rielaba en las aguas del Ouse, por cuya margen oriental cabalgaban. La niebla, que no había acabado de levantarse en todo el día, era más espesa en la orilla. En el agua aún flotaban algunos témpanos de hielo, pero el río volvía a ser navegable. Una barcaza apareció ante ellos de entre el denso velo, cargada con barriles y carbón de leña. El barquero la mantenía en medio del río con ayuda de una larga vara y se dejaba arrastrar aguas abajo. Cuando divisó a ambos jinetes por la senda que discurría junto a la orilla, les saludó con una mano. Cædmon le correspondió.

—Es Godric —musitó.

—Tengo ojos —replicó Dunstan con sequedad.

—No lo he visto en todo el invierno.

—No, porque se pasa el invierno escondido en su cabaña como un oso en su cueva, emborrachándose con cerveza desde la mañana o cubriendo a una de sus desdentadas hermanas, hasta que llega el deshielo y puede volver a navegar.

—¡Dunstan! —exclamó Cædmon escandalizado.

Su hermano hizo una mueca despectiva.

—Disculpa, hermanita...

Cædmon calló ofendido. La senda se estrechó, de modo que se vieron obligados a cabalgar en fila, cosa que le vino bien. Dunstan no debía ver su rostro encendido, así que Cædmon apretó los talones contra los flancos de la peluda bestia y se adelantó. Que diga lo que quiera, pensó, pero he sido *yo* quien ha matado al corzo.

—Dime con toda franqueza, Cædmon, ¿aún eres virgen? —le preguntó Dunstan con supuesto afecto fraternal. Mas Cædmon percibió la maliciosa sonrisa irónica en su voz, ni siquiera tuvo que volverse para verla.

Volvió a enrojecer. Últimamente parecía ocurrirle con demasiada frecuencia. Durante el invierno su cuerpo había empezado a cambiar de un modo desconcertante. Había pegado un esti-

rón y ya era tan alto como Dunstan y su padre, pero eso no era lo único. Le había salido barba, su voz era distinta y le atormentaban sueños en los que no podía pensar sin ruborizarse. Todo aquello le resultaba raro, lo desconcertaba de tal manera que a veces creía que vivía en el cuerpo de un extraño.

—Responde, Cædmon —ordenó Dunstan con la voz acostumbrada a mandar del mayor—. Si es así, sé cómo ponerle remedio antes de que se te ocurra probar con las ovejas.

Cædmon tenía en la punta de la lengua un nuevo e indignado «¡Dunstan!», pero se lo pensó mejor y se limitó a girar la cabeza para lanzarle una mirada fulminante. Entonces, el horror hizo que sus ojos se abrieran como platos.

—San Edmundo, socórrenos... ¡Corre, Dunstan! ¡Vamos, ven!

El semblante de Dunstan mostró una mezcla de asombro y altanero regocijo, y en lugar de seguir el consejo, volvió la cabeza hacia el río.

—¡Oh, Dios mío..., un dragón!

Y al punto hincó los talones en las ijadas del caballo. Cædmon ya iba a galope. Oyó un extraño sonido, como el zumbido de un avispon, y bajó la cabeza. Un dolor punzante le atravesó la pierna izquierda y lanzó un grito estremecedor. Su caballo, de ordinario tranquilo, se encabritó de repente y empezó a corcovear. Cædmon se echó hacia delante para mantenerse en la silla, pero el animal relinchó atemorizado, alzó las patas delanteras y golpeó al caballo de Dunstan en el costado. Cayeron en un confuso caos de cascos, brazos y piernas. Cædmon recibió un fuerte golpe en la espalda y por un momento se quedó paralizado, incapaz de respirar o moverse. El aciago zumbido resonó de nuevo, y Cædmon se sobrepuso para adentrarse a rastras en la tupida maleza que había junto a la senda. Allí permaneció inmóvil, agarrándose la pierna, a la escucha.

Tenía la sensación de llevar horas así. El silencio era casi absoluto, sólo se oía el suave murmullo del río. Finalmente hizo acopio de valor y alzó la cabeza.

—¡Dunstan?

Su caballo estaba a unos pasos, en el sendero. A todas luces había corrido un trecho y luego regresado; parte del corzo rozaba el suelo. Por el contrario, el alazán de Dunstan no se veía por ninguna parte, aunque su hermano yacía cerca de allí, medio cuerpo en la senda y el otro medio en el matorral. Tenía el rostro vuelto

hacia Cædmon, y lo que resultaba visible entre el rubio cabello revuelto era de una palidez cadavérica. Dunstan estaba completamente inmóvil.

—No... —Cædmon se incorporó un poco. Un nuevo dolor le subió por la pierna, y la miró por primera vez. Tenía una flecha corta, con plumas claras, clavada en la parte posterior del muslo—. Maldita sea. ¿Dunstan?

Su hermano no se movía. Cædmon se dirigió hacia él a ras-tras y le apartó el cabello de la frente. A continuación le puso una mano medrosa en el pecho. El corazón latía con regularidad y vigor. Un tanto aliviado, le examinó la cabeza. En el nacimiento del cabello encontró un chichón que iba en aumento. Al parecer, Dunstan había recibido una coz en la frente. Cædmon lo sacudió tímidamente por los hombros. Nada.

—Dios, ¿qué hago ahora? —se preguntó en voz alta.

Miró hacia el río. El dragón había desaparecido, sin duda río arriba. Cædmon sabía que debía llegar a casa para advertir a su padre y a los demás.

—Y cuanto más permanezcas aquí de brazos cruzados, más oscurecerá y más frío hará —farfulló. Inconscientemente, intentó imitar la voz de Dunstan, pues nada podía incitarlo más a superarse que la condescendencia de su hermano.

Encogió la pierna sana, apretó los dientes y se puso en pie. Mas, tan pronto se apoyó en la pierna herida, el dolor se extendió hasta la cadera. Cuando hubo recorrido los escasos pasos que lo separaban de su caballo, se echó a llorar.

Agarró la perilla de la montura con ambas manos y, a la mortecina luz del crepúsculo, se miró la pierna izquierda. La sangre impregnaba sus pantalones de lana oscura, la mancha casi le llegaba a las tiras de cuero cruzadas que le cubrían la pantorri-lla hasta la rodilla, y seguía extendiéndose. Mejor no mirar, pensó. Tomó a su fiel cabalgadura de la rienda.

—Vamos, *Beorn*. Hemos de llevar a Dunstan a casa.

El robusto caballo ruano se dejó llevar de buena gana, pero a los tres pasos Cædmon tuvo que detenerse. Hasta entonces desconocía que uno pudiera sentir náuseas de dolor. El atardecer avanzaba deprisa y pronto empezó a hacer más frío. Pese a ello, su rostro se le antojaba acalorado. Se enjugó la frente con la manga, pasó el brazo derecho por el pescuezo del caballo y continuó a la pata coja.

Dunstan seguía inconsciente. Cædmon se inclinó sobre él y volvió a palparle el corazón. Igual que antes.

—Oh, Dunstan, despierta. Por favor, despiértate, maldito canalla...

Pero Dunstan no era precisamente conocido por ceñirse a los deseos de sus hermanos. No se movía lo más mínimo. Cædmon miró el cielo, que estaba de un gris plúmbeo. Con el crepúsculo se había levantado un viento cortante que traía pesados nubarrones.

—Sí, por qué no —murmuró sarcástico—. No supone una gran diferencia.

Sabía exactamente lo que debía hacer, pero enseguida sintió que no estaría a la altura del cometido. Casi podía sentir el fatídico dolor, y se estremeció sin querer.

—Dios, Dunstan, jamás te lo perdonaré —despotricó.

Contempló el rostro del hermano para procurarse un breve aplazamiento. No era un rostro desagradable. Flanqueadas por unos rizos rubios, una frente alta, cejas claras y espesas pestañas, una nariz recta casi demasiado estrecha sobre un bigote fino y una boca tanto más ancha que, por naturaleza, incluso en tan profunda inconsciencia, mostraba cierta propensión a esbozar aquella sonrisa que a veces era bonachona, pero a menudo burlona. Cædmon ladeó la cabeza, sus propios rizos, más oscuros, cayéndole por el rostro, y recordó el color azul hielo de sus ojos.

—Venga, hermano —musitó entre suspiros—. Volvamos a casa.

Calculó que aún estaban a unas tres leguas de Helmsby. Imposible hacer el camino andando. La sola idea le provocó sudores. Oteó la senda esperanzado, mas no había ni rastro del caballo de Dunstan. Con el corazón oprimido, desanudó la cuerda con que habían atado al corzo. El cadáver cayó al suelo con un ruido sordo.

—Los zorros celebrarán un festín —susurró Cædmon. Balanceó el cordel en la mano y miró a su hermano—. Y yo podré llevarte a casa.

 Después sólo conservaría vagos recuerdos. Sí sabía que precisó de varios intentos para subir a lomos del caballo el pesado cuerpo de su hermano. Olvidó que entre tanto fue presa de la desesperación, que casi sucumbió a la tentación de abandonar allí

a Dunstan y buscar ayuda. Pero no podía hacerlo. Oscurecía y empezaba a hacer frío. El bosque era un hervidero de depredadores hambrientos de dos y cuatro patas, incluso podía volver el barco dragón. Cædmon sabía que si dejaba a Dunstan y regresaba solo a casa, cuando lo encontraran su hermano probablemente habría muerto.

Cuando por fin hubo cargado el voluminoso cuerpo en el caballo, sintió que sus fuerzas se agotaban. Rompió a llorar de nuevo. No podía evitarlo, el dolor de la pierna era demasiado intenso. Sus dedos se le antojaron torpes y entumecidos al atar las manos y los pies de Dunstan. A continuación llevó al caballo hasta un tocón cercano y se montó con dificultad. Al meter el pie izquierdo en el estribo y cargarlo con todo el peso de su cuerpo, casi perdió el conocimiento. Pasó la pierna derecha por encima de la silla, asió las riendas y se puso en marcha.

Entre tanto había oscurecido. Cædmon dejó la rienda larga y esperó que el caballo encontrara por sí solo el camino a casa. Ya no sabía dónde estaba. Iba encorvado en la silla con una mano en el hombro de su hermano, y al poco frías gotas de lluvia le asaltaron la nuca como si de alfileres se tratase. El mundo se tornó lóbrego.

—Dos hombres en dirección al río y dos al norte. El resto que me siga. ¡Monten! —La autoritaria voz se elevaba por encima de la torrencial lluvia sin esfuerzo—. ¿A qué esperáis? ¡Venga!

—Por ahí viene alguien, *thane*¹ —anunció una voz joven en la oscuridad.

Los hombres que se habían reunido ante la cuadra, cerca de la sala común, sacaron los pies de los estribos y aguzaron el oído esperanzados. Todos oyeron el sordo golpeteo de los cascos en el fango. La espectral silueta de un caballo se recortó de repente como una sombra negra contra la oscuridad de la noche.

—¿Dónde está mi padre?

—¡*Thane*, es Cædmon!

Ælfric, *thane* de Helmsby, soltó las riendas de su vigoroso castrado y salió al encuentro del jinete.

¹ Señor de una aldea en el primitivo sistema feudal anglosajón. (*N. de los T.*)

–¿Cædmon?
El joven se irguió en la silla.
–Cazamos un corzo. Pero entonces... apareció un dragón y...
–¿Dónde está Dunstan? –Ælfric apoyó la mano en su pierna izquierda y Cædmon perdió el sentido.

 Se despertó con una sensación de absoluta ingravidez, igual a la de los sueños en que volaba. Disfrutó de la experiencia, y no abrió los ojos hasta que aterrizó sobre una superficie mullida.

Su padre estaba inclinado sobre él. Él era quien lo había llevado hasta allí, comprendió Cædmon, y miró alrededor confundido: yacía en una amplia cama con pesadas colgaduras de basta lana pardusca; sin duda, la cama de sus padres. Por un momento se preguntó, desconcertado, qué diablos hacía allí, mas al moverse volvió a sentir la pierna y recobró la memoria.

–Dunstan...

–Está bien –repuso Ælfric en tono tranquilizador–. Está despierto.

–Padre, fueron los daneses. Un dragón subía por el río y nos dispararon.

Ælfric lo miraba con escepticismo.

–Eso mismo afirma tu hermano. Pensé que deliraba. ¿Un barco con forma de dragón, Cædmon? Hace tiempo que los daneses respetan nuestras costas, gracias a Dios y todos los santos, pero si vinieran, lo harían al menos con diez barcos. O con cientos. Lo que habéis visto debe de ser el barco fantasma del rey Canuto.

Cædmon señaló su pierna flexionada.

–¿A esto llamas tú una flecha fantasma?

Ælfric observó con preocupación el astil ensangrentado.

–Tu madre se ocupará de eso. Creo que lo mejor será que me ponga en camino con los hombres para dar muerte a vuestro dragón. Si el barco es la avanzada de una invasión, hemos de saberlo. Lo más probable es que sólo sean piratas.

–Sea como fuere, saben disparar.

Ælfric sonrió.

–Dunstan confirmó que abatiste un corzo.

Cædmon asintió.

—Tuve que dejarlo para traer a Dunstan a casa. Aunque estaba muy ilusionado con la idea de comer asado de corzo.

Su padre posó brevemente la mano en su hombro. No era un hombre propenso a expresar sus sentimientos. Nadie habría sospechado los temores que hubo de soportar cuando el caballo de Dunstan había regresado solo. Trató de encontrar palabras con que demostrarle a su segundogénito lo agradecido que le estaba.

—Has hecho bien. Veremos si encontramos tu corzo a la vuelta. De lo contrario, enviaré a Wulfric y Cynewulf al bosque. No consentiremos que te quedes sin tu asado.

Cædmon esbozó a duras penas una sonrisa fatigada, y Ælfric se dirigió a la puerta dando grandes zancadas. El joven cerró los ojos y le pidió a Dios que tendiera de nuevo sobre su familia su protectora mano y permitiera que su padre regresara a casa sano y salvo.

Todos sus antepasados habían luchado contra los daneses: Dios había escogido a los daneses para poner a prueba a los ingleses. Tiempo atrás, el rey *Alfred el Grande* había firmado la paz con los daneses y les había cedido casi la mitad de Inglaterra. Los descendientes de este soberano reconquistaron dicha mitad, que hasta entonces se llamaba Danelaw. A lo largo de generaciones, los vecinos daneses e ingleses se mezclaron y sus lenguas se hicieron cada vez más similares, tanto que la distinción entre daneses y anglosajones fue cayendo poco a poco en el olvido. Habría reinado la paz en el país si no hubieran seguido llegando nuevos daneses, los vikingos, que no iban en busca de tierras que poblar, sino de botín, muerte y devastación.

Sin embargo, en los últimos tiempos la amenaza vikinga se había apaciguado. Desde que Ælfric sucediera a su padre como *thane* de Helmsby, no habían vuelto a producirse grandes incursiones, ni allí ni en East Anglia ni en ninguna parte. Y era una suerte, había oído decir Cædmon a su padre, pues el rey Eduardo III *el Confesor* era un santo, no un guerrero. Cædmon esperaba que el barco dragón que surcaba el Ouse no anunciara el final de los años de calma. No dudaba que su padre y los *housecarls*² a su servicio estarían en situación de defender sus posesiones. Y

² Guerreros profesionales al servicio de un señor anglosajón.

también él mismo y sus hermanos habían aprendido a empuñar una espada, un hacha de guerra y una pica, por no hablar de la honda. Pese a todo, la posibilidad de una nueva invasión danesa le infundía miedo. En rigor, tenía que reconocer, la sola idea le aterrorizaba.

La puerta de la pequeña estancia contigua a la sala se abrió sin hacer ruido y entró una mujer delgada, de cabello oscuro. En una mano sostenía una jofaina; la dejó junto a la cama y se inclinó sobre él.

—*Comment va tu, mon fils?*

Le puso la mano en la frente y Cædmon recostó la cabeza en las almohadas.

—Bueno, ¿cómo le va a ir a un hombre que acaba de descubrir que es un cobarde?

Ella dejó oír su risa suave y cálida.

—¿Un cobarde? ¿Tú? Eso sí que sería una novedad. No, no, Cædmon. Tienes un valor tan grande como el de Beowulf. —Miró brevemente el astil emplumado que tenía en el muslo—. Y ahora te hará falta.

Cædmon hizo una mueca y cambió de tema:

—¿Qué hace Dunstan?

—Oh, vuelve a ser el de siempre. Está sentado fuera, en la sala, con un grueso vendaje en la frente y una copa llena delante, divirtiéndose a la servidumbre con la historia de cómo te salvó de los daneses.

—Falso —resonó la voz de Dunstan desde la puerta—. Ha cambiado de idea y ha venido a ayudarnos.

Cædmon alzó una mano en señal de rechazo.

—Esfúmate...

Antes de que Dunstan pudiera replicar, la puerta se abrió de nuevo y se colaron los tres hermanos restantes.

—Sólo queríamos verlo un instante —se apresuró a aclarar Guthric, de trece años, anticipándose a los reproches de su madre.

Vacilantes, avanzaron un tanto temerosos hacia la amplia cama. Cuando vieron la flecha y la gran mancha de sangre en la pierna de su hermano, el pequeño Eadwig se volvió brusca-mente y ocultó el rostro en las faldas de su hermana.

Hyld posó la mano en la cabeza de su hermano.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó preocupada.

Cædmon forzó una sonrisa.

—Esto no es un velatorio. Largaos.

Los cuatro se giraron, pero la madre llamó al mayor.

—Dunstan, a ti voy a necesitarte.

El chico se detuvo, pero Cædmon sacudió la cabeza.

—Quiero que se quede Guthric.

Nadie puso reparos. Dunstan sacó de la habitación a su hermana y a su hermano pequeño, cerró la puerta tras de sí y lo oyeron reírse, un tanto nervioso quizá.

Guthric era el único de los cinco hermanos que se parecía realmente a su madre normanda. Su cabello era liso y de un castaño tan oscuro que, si la luz era tenue, parecía negro; también sus ojos eran oscuros. Si no se hubiese dado tan manifiesta semejanza, ciertamente habrían surgido especulaciones sobre Guthric. Así y todo, de vez en cuando se oía murmurar a la cocinera que Guthric era una criatura suplantada, un hijo de las hadas. Era taciturno y soñador; a veces podía pasarse horas sentado en el patio escuchando los pájaros, como si entendiera su lenguaje. Tiempo atrás, Guthric había manifestado su deseo de ingresar en el monasterio de Ely y aprender a leer. Su padre se había burlado de él y el asunto no volvió a mencionarse.

Cædmon quería a sus hermanos sin excepción, mas de distinta manera a cada uno. Admiraba de tal modo el arrojado despreocupado de Dunstan que la mayoría de las veces podía disculparle su rudeza. Le gustaban la perspicacia y la generosidad de Hyld, y, como todos en la familia, adoraba al pequeño Eadwig. Pero su relación con Guthric era más estrecha que con cualquier otro ser. A Guthric podía confiarle cosas que le avergonzaban, pues éste nunca juzgaba conforme a los principios universales. Tenía su propia visión del mundo, una visión que Cædmon nunca lograba entender del todo, pero eso no era importante.

Con una débil sonrisa, Guthric se subió a la alta cama, incorporó un tanto a Cædmon y se deslizó tras él.

—Creía que querías ir de caza. No sabía que pensabas adoptar el papel de ciervo —comentó. Acto seguido pasó los brazos bajo los de Cædmon y le rodeó el pecho—. Listo.

Cædmon se abandonó al huesudo pero consolador abrazo fraterno, clavó la mirada en el combado dosel y se concentró en apretar los dientes.

No vio, pues, que su madre se aproximaba y rodeaba el pequeño astil con una mano. Esta vez el traicionero dolor le llegó hasta el hombro y Cædmon soltó un grito.

Marie de Falaise se había criado en Normandía en tiempos de guerra, y ya de jovencita había aprendido el oficio de su padre, que era cirujano. Lo que en Normandía era considerado impropio de una mujer, en Inglaterra no llamó especialmente la atención cuando Ælfric de Helmsby finalmente regresó con el rey Eduardo del exilio normando y trajo consigo a su esposa. En Helmsby, sus artes médicas le habían salvado la vida a más de uno; en una ocasión, Marie incluso le amputó un brazo destrozado a un veterano *housecarl* tras sufrir una mala caída en una carrera de caballos. Pero con su propio hijo de pronto todo eran remilgos.

Al ver Cædmon que a su madre le faltaba el valor, recuperó la determinación. Respiró profundamente.

–Hazlo. Y dadme algo que morder, de lo contrario la sala se vendrá abajo.

Guthric rió quedamente, sacó su cuchillo de la vaina del cinto y le puso el mango de madera entre los dientes. A continuación volvió a cruzar las manos por el tórax del hermano.

Marie agarró la flecha con ambas manos y dio un tirón. No la hizo girar para no agrandar la herida; la movió casi con suavidad y la flecha cedió un tanto, hasta que se encalló nuevamente en el músculo.

–La flecha debe salir –murmuraba Cædmon para sí. Se aferraba a aquella frase, la alzaba, cual escudo, ante su conciencia–. La flecha debe salir, no puede tardar mucho, pronto habrá terminado... Dios, haz que termine pronto...

Sus dientes se hundieron en el mango del cuchillo, hincó sus uñas en el antebrazo de Guthric y su visión se volvió borrosa. Oía sus propios gritos en la lejanía, pero no perdió el sentido. Tensó los hombros y Guthric lo sostuvo con fuerza tratando de insuflarle su propia fuerza.

Fue entonces cuando Marie, de un último tirón, extrajo la punta de la flecha y todo terminó.

–Bien hecho, Cædmon. Ahora dame el cuchillo. –Marie tomó la afilada hoja con dos dedos, puso la otra mano bajo el mentón de su hijo y lo ayudó a abrir la boca–. Toma, bebe esto.

El sintió una copa en los labios y tragó. Era vino fuerte. No estaba acostumbrado a su sabor y abrió los ojos perplejo. Cuando su madre le retiró la copa, jadeó.

Marie vertió el vino restante en un paño limpio y lo aplicó con precaución a la herida. El alcohol escocía, pero eso no era nada en comparación con el dolor atroz que había sentido. Halló el escozor casi soportable y su cuerpo se relajó. Mientras su madre le colocaba un vendaje, se dejó caer y liberó de su presa el antebrazo de Guthric. Sus uñas le habían hecho sangre.

–Discúlpame, hermano...

Guthric sonrió y bajó de la cama.

–Vamos. Veamos lo que nos han dejado de comer los demás.

Pero Marie sacudió la cabeza.

–Cædmon no se moverá de aquí hasta la mañana. La pierna ha de reposar, ¿me oyes?

Cædmon alzó la vista sorprendido.

–¿Y vas a dormir con padre en la sala en lugar de aquí? –preguntó. Aquélla era la única pieza privada. Sólo el *thane* y la señora de la casa disfrutaban del privilegio de poder retirarse. Tan pronto dejaban de ser niños, sus hijos dormían con los *housecarls* y sus familias, las criadas y el resto de la servidumbre en el suelo de la sala común, sobre paja.

Por causa de su irrespetuosa observación, Marie dirigió a Cædmon una ceñuda mirada desaprobatoria.

–No creo que tu padre regrese a casa antes de la mañana. Y aunque así fuera, por una noche aquí hay espacio suficiente para tres.

–En tal caso haré que os traigan algo de comer –se ofreció Guthric.

Cædmon no habría podido probar bocado. Sin embargo, se libró de ulteriores discusiones, pues, cuando llegó la sirvienta con cerveza y puchero, ya estaba profundamente dormido.

Lo despertaron unas voces quedas. La oscuridad era total.

–... han quemado Metcombe y causado una gran devastación –oyó susurrar a su padre–. Hay cuatro hombres muertos, siete heridos y sólo Dios sabe cuántas mujeres deshonradas. Han reducido la aldea a cenizas. Es terrible.

–Pero cuánto más terrible habría sido si Dunstan y Cædmon no los hubieran descubierto y vosotros no hubieseis acudido enseguida –replicó Marie en idéntico tono.

–Eso es cierto.

–¿Estás seguro de que eran piratas?

–Sí. Capturamos a uno de los cabecillas con vida y juró por

la sangre de Cristo que actuaban por cuenta propia y que su rey, Sven, no tenía nada que ver con ello.

Marie bufó suavemente.

—Un juramento dudoso. En realidad, esos malditos vikingos son todos paganos.

Ælfric rió quedamente.

—¿Y lo dices precisamente tú? No hace mucho más de cien años vosotros, los normandos, erais vikingos paganos. —Volvió a ponerse serio—. Decía la verdad, estoy seguro.

—En ese caso, alabado sea Dios. ¿Escaparon?

—No, tengo cinco prisioneros. Tipos sanos, fuertes, nos pueden venir bien. En cuanto los hayamos amansado los mandaré a Metcombe. Allí al menos podrán reparar parte del daño que han causado. Los demás han muerto. Las gentes de Metcombe le han prendido fuego al barco.

—¿Y nuestros hombres?

—Todos ilesos, salvo unos cuantos rasguños. Fue muy sencillo, a los daneses les sorprendió por completo hallar resistencia tan pronto. Y ahora, dime, ¿cómo se encuentra Cædmon?

De pronto el joven comprendió que había estado espiando y se avergonzó, pero era demasiado tarde para hacerse notar. Deseó no haber despertado, aun cuando le resultara tranquilizador escuchar la voz de su padre.

A través de las colgaduras de la cama, que estaban echadas, oyó responder a su madre:

—Lo sabremos mañana o pasado mañana. Si le da fiebre...

—No terminó la frase.

—Pero le has extraído la flecha, ¿no?

—Sí.

Cædmon dedujo por la voz de su madre que no deseaba decir más al respecto, pero su padre no parecía guardar el mismo respeto que él por aquella señal de advertencia.

—Dímelo.

—La flecha estaba alojada justo en el hueso. He tratado de no empeorar las cosas y extraerla por el mismo lugar por el que entró. Dios me ayude, he hecho lo que he podido, Ælfric. Pero qué daños ha podido ocasionar...

—¿Quedará lisiado, Marie?

Para gran consternación de Cædmon, su madre rompió a llorar.

La herida no se inflamó, sino que empezó a cicatrizar rápidamente. No le dio fiebre y, al cabo de un día, pensó que ya había guardado cama más que de sobra. Su madre no disimuló su alivio. Permitió que se levantara, si bien con la condición de que le hiciera saber de inmediato si el dolor de la herida empeoraba. Pero el dolor disminuía cada día, únicamente sentía la pierna cada vez más entumecida. A las dos semanas, Cædmon ya podía andar con ayuda de una muletilla, arrastrando el pie izquierdo. Pero al cabo de tres semanas seguía sin notar mejoría alguna, cosa que le dio que pensar. Le preguntó a su madre su opinión al respecto, y ella le aconsejó que se armara de paciencia.

—Dios mío, Cædmon, cojeas como un vejestorio. —Dunstan estaba apoyado junto a la puerta de la cuadra y vio venir a su hermano—. Quiero decir que deberías esforzarte un poco.

Cædmon se detuvo ante él indignado.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que te abandonas y haces un mundo del asunto para que todos te tengan lástima y puedas escabullirte del trabajo.

Cædmon torció el gesto con sarcasmo.

—Lástima que la flecha no te diera a ti, Dunstan. Estoy seguro de que te las habrías arreglado mucho mejor y habrías podido demostrar una vez más lo hombre que eres.

Dunstan dio un amenazador paso hacia él con el puño en alto.

—Tú...

Su padre se había acercado sin ser visto y cogió del codo a su primogénito.

—¡Basta! ¿Qué te has creído?

—Disculpa —gruñó Dunstan con aspereza.

Ælfric sacudió la cabeza.

—¿Dónde están los caballos? ¿Para qué crees que te he hecho venir delante? ¿Para tener que esperar ahora con este frío?

Dunstan trató de justificarse, era extremadamente ingenioso ideando excusas, pero Ælfric se lo impidió.

—De sobra sé dónde has estado. —Resoplando de disgusto entró en la cuadra, bajó la cabeza para pasar por la baja puerta de la destartalada construcción de madera, y en su crepuscular interior encontró a un muchacho de unos ocho años que estaba de puntillas junto al gran caballo castrado intentando ponerle la silla.

–Buenos días, Ine. ¿Dónde está tu padre? –Ælfric le quitó la pesada silla de madera de las manos y la colocó en el lomo del caballo.

Ine sonrió cohibido.

–Enfermo, *thane*. –Agradecido, también dejó que le quitara el bocado y, en su lugar, se puso a atar la cincha, una tarea que convenía mejor a su estatura.

–¡Dunstan, Cædmon! –gritó el padre volviendo la cabeza.–
¡Venid a ensillar vuestros caballos, si no es pedir demasiado!
–A continuación se dirigió al muchacho–: ¿Qué le pasa, pues?

Ine bajó los ojos y meneó la cabeza.

–No lo sé. Tiene fiebre. Madre dice que está ardiendo.

Ælfric acarició el pescuezo del caballo y se volvió hacia la empinada y desvencijada escalera que llevaba al henil, donde vivía el mozo de cuadra con su esposa y sus hijos. Al llegar arriba no sólo tuvo que bajar la cabeza, sino que además hubo de encorvarse para poder permanecer en pie.

El techo de la cuadra formaba un pequeño cuarto que estaba medio lleno de heno y sacos de avena. Detrás, el espacio restante no era mucho mayor que un cubículo. Incluso sin fuego, allí arriba nunca hacía verdadero frío, ya que subía el calor de los caballos y el cuarto se mantenía más o menos caldeado, si bien el recio viento de marzo silbaba entre las rendijas de los listones de madera de las paredes y había mucha humedad.

La diminuta habitación tenía por todo mobiliario unos jergones de paja en el suelo. El mozo y su familia tomaban sus comidas en la sala común, como los demás miembros de la heredad, y sólo dormían en el henil porque Ælfric prefería que, incluso de noche, alguien permaneciera cerca de los caballos. Habitualmente, durante el día nadie se quedaba allí arriba. Ine y su padre se ocupaban de los caballos, mientras que su madre y las dos hermanas, junto con otras mujeres, cuidaban de las vacas, ordeñaban y elaboraban mantequilla y queso. Las dos muchachas ya habían salido a trabajar, de modo que cuando Ælfric se aproximó descubrió a una mujer regordeta inclinada sobre una figura inmóvil que yacía en uno de los jergones.

–Mildred –dijo en voz queda.

La mujer se sobresaltó y se puso en pie a toda prisa.

–*Thane*...

–¿Qué le ocurre?